

El correspondiente de París
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española.

Redacc^{ón} y Adm^{ón}:
37 y 39 rue Mauberge
París.

París 28 de Enero de 1889.

Suplemento.

Sumario. - "Una mania española de pura sangre" por J. M. Serrate. - "Un drama en tiempo de Catalina II" (continuación), por el príncipe Lubomirski. - "H...." (poesía) por St. Opisso. - Miscelánea.

Una mania española de pura sangre.

Así como no sé qué eminencia ha dicho que los españoles estábamos en el cielo, en inmensa mayoría, debido a los efectos del garbanzo, otro sabio, de cuyo nombre tampoco me acuerdo, ha dicho que el pueblo que derrocha las palabras y cultiva la fraseología ejercita poco la facultad de pensar. En España se cuentan los habladores, oradores, decidores, o cientos, o miles, o millones; aquí todos, quien más, quien menos, somos fabricantes... de frases, de discursos y de peroratas. Y si no; ¿quién como nosotros se ha atrevido a hacer tiempo y a crear atmósfera? Y esto realizado en un credo, en un libro y cerrar los ojos. Nosotros corramos la pildora y oleos, donde quisan; tiramos de la oreja o Forge, y armamos cada bellén que trembla el universo. De cualquier cosa sale un cientos pies, y nos amenazan siempre la gorda y el diluvio. Escupimos por el coluvillo, y si no sabemos caer de nuestro burro, damos en cambio una enclavado y cientos en la herra curra.

Aquí el público es siempre elegante, ilustrado, numeroso o escogido; las señoritas, bellas; los hombres de Estado, ilustres, como las archicofradías; los habitantes, pacíficos o leales, y las donnas, inmaculadas. Cualquiera entre es popular; los escritores, reputados, distinguidos los literatos, profundos los críticos y impetuosos las bailarinas.

dos empresarios son afortunados; el último autor, uno de los
primeros; los militares, bravos; los teatros, concurridos; las co-
medias, extraordinariamente aplaudidas, y los literales, conve-
cuentes. Los padres de familia, lucrados y desgraciados; los
caballeros, nobles; las ejecuciones, enumeradas; los sacrificios, conuen-
tos; crucico al decaro; los clamores, incansantes; bastardos los fines;
la farsa, indigna; los recién nacidos, robustos, y el país, siempre
desventurado.

Esto es una Babel, un inmenso manicomio, un ba-
tiburrillo, una gorigonra: Dichos país, el más dichoso del orbe,
puesto que sabe cuando se saca anima. Pues; y el frasco po-
lítico? Porque aquí todos somos políticos, sin que nadie haya
definido lo que es política. Política moneda, de fracción, de
partido; gubernamental, filosófica, científica, literaria, y has-
ta política de teatro, o teatro de la política. Padilla, Lamara,
Mariana Bivada, Maria Pita, Agustina Lavagora: he ahí
los personajes del teatro liberal. Felipe II representa el teatro
reaccionario, del mismo modo que la música clásica y la mú-
sica sacra tienen en frente y puertas en jarra la Marsellesa y
el himno de Riego. Pues; y la política de café? Ahí es nada
lo feunda que es en frases. Ved a la raíz de un cambio y rodean-
do una mesa de café, oradores, estadistas, jurisconsultos, gove-
ros y políticos, de media tostada y sorbeta liso, arreglando la
nación a su gusto; vedlos cómo descubren ideas y después
forman su ministerio, cuyo sistema de gobierno es la va-
riedad dentro del absurdo, y antes de irse a dormir mueven
la siguiente candidatura:

Un alfarero de francos, Presidencia y Guerra.

Uno que no sabe francés, Estado.

Un estudiante de medicina, Gracia y Justicia.

Un botero, ministro de Hacienda.

Un veterinario, Gobernación.

Un maestro de agrimia, Fomento.

Un agente de negocios, Ultramar

Y después se van tan tranquilos para volver al día siguiente
sobre el mismo tema. Convergamos en que por nada ni por nada
cederíamos la gloria de ser españoles y hacer frasa y política.
Nuestro ministerio en el mundo ha concluido y nos retiramos en
lo que para nada sirve. Somos un club de inútiles, según la fra-
se de un Distinguido arreglador.

J. M. Serrate.

Un Drama en tiempo

(31.)

(De Catalina II.)

(Novela, por el príncipe Lubomirski.)

(Continuación.)

*

El almirante se inclinó y dijo:

— Los buques están a las órdenes de su excelencia.

Favor añadió:

— Tengo veinte mil hombres a mi disposición, y con tal elemento podemos adelantar mucho terreno. Las poblaciones nos aclamarán al paso... Los rusos detestan a Catalina, y todo hace creer que dentro de algunos días estaremos bajo los muros de San Petersburgo...

— Todo es así perfectamente combinado, — dijo el cónsul.

— ¿Cuándo desea su excelencia darse a la vela? — preguntó el almirante.

— Hoy mismo — contestó Nicolás. — Es necesario aprovechar el entusiasmo que va a excitar la súbita aparición de una hija de Pedro el Grande, y el efecto que va a producir en Rusia la noticia de esta inesperada resurrección.

— ¿Su excelencia me permite que me adelante a dar sus últimas órdenes? — dijo el almirante.

— Sí, y procurad que todo esté en regla dentro de una hora.

El almirante saludó profundamente, y se retiró.

Cuando Alina atravesó el salón principal, dando el brazo a Favor, seguido de los oficiales rusos que le servían de escolta, los concurrentes a la fiesta le hicieron una verdadera ovación.

— ¡Viva Isabel! ¡Viva la emperatriz de Rusia! ¡Viva la hija de Pedro el Grande! — exclamaron todos.

Alina fue acompañada hasta el muelle en medio de las aclamaciones de la concurrencia.

El día era magnífico y el sol de invierno despedía esos rayos sencillos que producen en el alma una emoción particular. A cierta distancia se veía el bosque de mástiles de la escuadra, sobre los cuales flotaba la bandera rusa.

En un extremo del puerto aparecía una barca cubierta con una tela de terciopelo rojo, y sobre el muelle se hallaban alineados seis vigorosos marineros, los cuales se prosternaron a los pies de Alina. Nicolás cogió la mano de la joven para conducirla a la barca.

La escuadra aparecía envuelta en humo.

Brillaron varios resplandores, y resonó una detonación formidable.

Alina entró en el bote. Detrás de ella iban los convidados del consul inglés, que querían asistir a la fiesta del almirante ruso. En un abrir y cerrar de ojos cubrió el mar de lanchas de todo género.

La embarcación de Alina partió del muelle.

— ¡No es, pues, un sueño! — dijo la princesa. — ¡Voy a ser recibida por el almirante ruso!...

— Sois la esposa del conde Orloff, comandante de la escuadra. Isabel, he cumplido mi promesa, y ahora os toca protegerme, porque desde que entréis en uno de mis buques, la escuadra mandada por Alejo Orloff obedecerá las órdenes de la emperatriz de Rusia. Pero, no obstante, que vuestra magestad la dirigirá hacia San Petersburgo; pues veinte mil hombres de desembarco os bastarían para reconquistar el trono.

— Si; iremos a San Petersburgo, y yo misma lucharé al lado de mis tropas.

— El entusiasmo de que hoy habéis sido objeto, no es nada, comparado con el que os espera al desembarcar en la corte. Isabel, esposa mía; creéis ahora en el amor de Alejo Orloff?

— Os amo, Alejo, como no he amado nunca a nadie. El trono de Rusia os pertenece como a mí. Vos reinareis, y yo me contentaré con amaros.

Nicolás se puso pálido, y balbuceó:

— ¡Oh!; si eso pudiesen ser cierto!...

— Yo os doy mi palabra imperial.

Favor al conde débilmente, y dijo:

— Cuando lleguéis a la cumbre del poder...

— Seguiré siendo la esposa de Alejo Orloff, a quien amo. Mi corazón está lleno de amor y de clemencia... Perdonaré a todo el mundo, y a Catalina misma. Encuanto a vos, os elevaré a tal altura que yo no seré nada a vuestro lado. ¡Oh, Alejo!; cuánto os amo!

Nicolás se sonrió irónicamente al escuchar a aquella infeliz, cegada por una hora de poder. Pero al oírla hablar de su profundo amor, se estremeció, plegóse al frente y dijo con voz temblorosa:

— ¿Es cierto que me amáis?

— Como se ama a Dios. Me conduciréis al trono de Rusia, y aunque me llevarais al patíbulo, os tendería la mano y os diría: Gracias, Alejo, por haberme permitido morir con vos.

— ¡Isabel! — exclamó favor — no me habéis así... pues me falta el valor para....

(Se continuará)

- Æ -

Saber lo que te dicen
mis ojos al mirarte...
No, no terias:
sé que lo sabes.

*
Saber lo que te ocultan
mis encubiertas frases...
¡Bala! no lo niegues:
sé que lo sabes.

Saber por qué estoy triste
cuando no puedo hablarte...
Di lo que quisieras:
sé que lo sabes.

*
Saber que te he besado
dormida contemplándote...
¡Lo ves? te ríes:
¡todo lo sabes!

*
Saber que te idolatro,
cual no te amará nadie...
¡Ay! si tu no me quieres...
no le digas a nadie lo que sabes.

Antonio Opisso.

Miscelánea.

Scila y Caribdis. - Scila es una roca situada en el lado italiano del estrecho de Mesina entre Italia y Sicilia. Avanza dentro del agua y constituye en realidad un peligro para los buques de vela, pues cuando se encuentran frente al cabo Peloro, una fuerte corriente los impulsa hacia la costa. Al lado opuesto, en la orilla siciliana del estrecho, hay un remolino que antiguamente se consideraba muy peligroso a la navegación. Cuando el marino trataba de evitar estas aguas, con frecuencia se acercaba demasiado a Scila, y se veía arrastrado contra esa roca por la corriente. Por otra parte, si se había mantenido muy apartado de la roca, se veía entonces impulsado hacia el turbulento torbellino (Caribdis). - Horacio, antes del nacimiento de Cristo, decía q.º un autor que trataba de evitar a Scila caía con frecuencia en Caribdis; esto es, q.º deseando evitar una falta se hundía en un mar de errores; y este ejemplo se ha venido usando durante dos mil años p.º para representar un peligro en ambos lados del camino de la vida, en donde, el viajero q.º lo recorre, al hacer esfuerzos p.º evitar uno se halla expuesto a caer en el otro. Shakespeare, en el "Mercader de Venecia" pone en boca de Lancelote, después q.º éste ha tratado en vano de encontrar un medio de prometer a la hermosa judía una esperanza de salvación, las siguientes palabras: "Tú es que cuando evitas Scila, tu padre, caigo en Caribdis, tu madre."

El Corresponsal de París
Hoja autógrafa diaria

Servicio de la prensa española

Redacción y Admisión:

57 y 59 rue Mazarine
París.

Año V. - Núm. 630.

París 28 de Enero de 1889.

La situación.

El general Boulanger ha sido elegido con unos ochenta y un votos de mayoría sobre los obtenidos por su adversario.

He aquí el resultado general de la votación de ayer:

Electores inscritos	588.697.
Supragios emitidos	433.708.
El general Boulanger	244.070 votos.
M. Jacques	162.520 "
M. Boulié	16.760 "
Diversos	10.358 "

Es este un acontecimiento tanto más importante, sea cual fuere la clasificación que podría hacerse de los 244.070 votos emitidos en favor del general Boulanger, cuanto que la lucha electoral ha sido por todo extremo ruda y empeñada.

Decíamos, nosotros, en nuestra anterior correspondencia, poco más o menos:

"Es de todo punto evidente que todos los electores republicanos contentos se pondrían del lado de M. Jacques, y que todos los electores descontentos - sean o no republicanos - votarían por el general Boulanger"

Los descontentos, en París y en el Departamento del Sena figuran hoy en una considerable mayoría: tal es el hecho que resalta con incontestable evidencia de la elección de ayer, y como nosotros hemos de ser cronistas imparciales de los sucesos, dejando aparte la más o menos penosa impresión que haya podido particularmente causarnos el último escrutinio, no caeremos en la siurazon ni cometeremos la bellaquería de negar ^{aquel hecho incontestable} si bien no nos faltarian grandes y poderosas razones para explicarlo y atenuarlo.

Falta, pues, a saber si ese descontento general de que la elección de ayer ha sido una tangible prueba es el hecho de una coalición de partidos y de intereses, como han venido

afirmándolo hasta ahora los adversarios del general Boulanger y como alguna vez hemos dejado entreverlo nosotros mismos en nuestras correspondencias; ó bien si es el resultado de un desacuerdo político entre la opinión y los representantes de los poderes públicos, por las faltas cometidas, de mucho tiempo á esta parte, por el Gobierno y por el Parlamento.

Esto es lo que no tardaremos en saber. Desde luego nosotros opinamos que el éxito del general Boulanger es debido á la vez á las dos causas. Gracias á la coalición tácita ó pactada que existía entre el llamado Comité del partido nacional (ó boulangista) y los elementos de la restauración monárquica, el general ha podido reunir alrededor de su nombre una mayoría de 80.000 votos que le han dado los electores del conde de Paris y del príncipe Victor. En cuanto al núcleo principal de los sufragios emitidos por los electores parisienses, en favor del ex-ministro de la guerra, es para nosotros indubitable que está constituido por una inmensa masa de gente á la que nos referíamos en nuestra correspondencia del sábado cuando decíamos que pulula y se coloca enfrente de todos los gobiernos como quiera que se llamen y representen lo que representen, por amor á lo desconocido y por cansancio y disgusto contra lo existente. Este núcleo de descontentos, recalcitrantes y sistemáticos ha existido en todos los tiempos y en todos los países. Es que ahora el número de descontentos se ha presentado más compacto, y la masa ha crecido al calor de las circunstancias y del ambiente especial en que se han dejado crecer los errores de los unos, las torpezas de los otros y, sobre todo, la negligencia y el abandono de las llamadas clases Directoras, entregadas hasta ahora á la informalidad, á la rutina, cuando no al voto por nienta que tan caro suele pagarse en política en estos momentos, de cansancio y hastío que atraviesan periódicamente los individuos como los pueblos?

Esto es lo que, en nuestro concepto, explica la elección de ayer, cuyo resultado, que coloca el problema político de Francia en una situación especial y peligrosa á partir de hoy, no dejará de producir honda sensación en todas las naciones de Europa. Anoche, inmediatamente de saberse el resultado oficial y exacto del escrutinio, el Gobierno se instaló en el Coliseo celebrando un importantísimo Consejo bajo la presidencia del jefe del Estado. ¿cuáles fueron las decisiones tomadas? ¿cuál va á ser la actitud del gabinete en presencia del voto plebiscitario con que acaba de herirle mortalmente el sufragio universal? Esto es

lo que vamos a saber hoy mismo, quizá dentro de algunas horas. En estos momentos supremos es cuando los hombres de Estado se significan. Veremos, cómo Mr. Floquet y los hombres más importantes del partido republicano se las arreglan para salir honrosamente del mal paso en que los últimos sucesos los han colocado, comprometiendo en cierto modo, a la vez que su existencia gubernamental, la suerte de la patria y de la República.

Dejando ya de lado toda nueva consideración de orden puramente político, vamos a tratar de dar a nuestros lectores una ligera idea del aspecto que presentaba ayer la gran capital con motivo del acto trascendental que se estaba llevando a cabo.

Desde luego hubiera podido creerse que la elección de ayer, muy ardiente de suyo y muy disputada, daría al París que vota una fisonomía particular. A parte la natural impaciencia que durante algunas horas dominó a la multitud a partir del momento en que comenzó el escrutinio, nada ocurrió de extraordinario, y es ciertamente plausible ver a toda una gran ciudad trasladarse poco a poco a las urnas, sin ruido, sin desorden y cumplir con la calma y seriedad más completa la misión electoral que el país le había encomendado.

La cosa es digna de que la mediten todos aquellos que, desde 1848 acá no cesan de negar la posibilidad de hacer la educación del sufragio universal. Esta educación está hecha - hablando de Francia o, por lo menos, de París -; así es que no dejó de ser para nosotros un espectáculo reconfortante, que tenía su particular y típica grandera, el de ver como el elector parisiense, comúnmente calificado de turbulento, se dirigía sin emoción y completamente poseído de sí mismo a ejercer la libertad del sufragio en medio de la mayor tranquilidad y en su calidad de ciudadano que se encuentra en la plenitud de sus derechos cívicos.

Fuertes en la misión que iban a cumplir, los electores se presentaron desde las primeras horas a depositar su voto en las urnas. Entre 8 y 10 de la mañana la afluencia fue tan grande en ciertas secciones, que un gran número de ciudadanos hubieron de renunciar momentáneamente a votar y volver más tarde a los colegios cuando estos estuvieron más expeditos.

Diversos incidentes, la mayor parte sin importancia aunque algunos bastante curiosos, ocurrieron durante la jornada; pero no haríamos interminables si quisiéramos reproducir una mínima parte

Última hora: El ministro ha presentado la división y pero Mr. Carnot se ha negado a admitirla.

quiera (de los que muy nos dan a conocer los periódicos, los cuales en esta ocasión han hecho verdaderos prodigios de noticierismo a fin de satisfacer en lo posible la insaciable curiosidad del público inmenso estacionado durante todo el día y la mayor parte de la noche en los boulevares.

Durante la noche precedente, y mientras la elección tuvo lugar, los carteleros habían hecho un verroche inverosímil (de manifiestos y proclamas. Todo estaba recubierto de nuevos impresos; nada se había respetado. El león de la plaza de la República, sobre todo, ofrecía un aspecto de los más pintorescos y curiosos. El pobre estaba completamente cuajado de papeles y bandas, de todo género y de todos colores desde el verde manzana hasta el rojo escarlata. El animal de bronce tenía impresos pegados en todo su cuerpo desde las fauces hasta la punta de la cola. El monumento mismo no había podido escapar a la brocha de los coladores; estaba literalmente rodeado de un cinturón de carteles tricolores recomendando la candidatura del general Boulanger. La misma suerte sufrieron el león de Belfort, la estatua de Diderot y otros muchos monumentos. En realidad eran los últimos cartuchos de papel que se quemaban y se había querido hacer un colmo de publicidad dando a Paris el aspecto multicolor y abigarrado de un inmenso taller de imprenta, más bien que el de una gran ciudad empeñada en ruidísima aunque pacífica batalla.

* * *

Y llegó la noche y con ella la hora del escrutinio. Desde hace mucho tiempo Paris no había presenciado un espectáculo parecido al de ayer durante toda la noche. La multitud era inmensa a partir (de las ocho, lo mismo en el corazón de Paris que en los barrios más extremos). El tiempo, por otra parte, era magnífico y convidaba; los cafés rebosaban de clientes; en los grandes boulevares, los transeúntes se apretaban materialmente unos contra otros en las anchas aceras, mientras en el arroyo los coches circulaban con gran dificultad. — Guis-til decir cual era el asunto de todas las conversaciones. A las nueve empezaron a darse a la venta los periódicos dando los primeros resultados parciales. La multitud se arrebataba frenéticamente los números de las ma- nos. En la calle Montmartre, la muchedumbre era tan grande que toda circula- ción a las 10 de la noche se hacía en aquel sitio no solo imposible sino peligro- sa. Enfrente del número 142, donde se hallan instaladas las redacciones de va- rios periódicos boulangistas, estacionaron constantemente, a pesar de la resisten- cia de la policía, más de 5000 personas. El periódico La France había colocado un transparente por medio del cual iba dando a conocer en grandes caracteres el resultado de la elección a medida que se recibían los datos en aquella redacción. Como los datos eran casi todos favorables a Boulanger, la multitud prorumpía en aclamaciones entusiastas que se repercutían de eco en eco hasta llegar como una avalancha de voces en el corazón de los boulevares. — A las 11 1/2 de la noche fueron comunicados a la multitud los últimos resultados de la elección. En aque- llos momentos — hay que confesarlo — Paris estaba verdaderamente impresionada. Jamás habíamos presenciado nada parecido.

Baha: 50% 83 = Luen: 2215 = Panama: 108 = N. España: 340 = Zaragoza: 282150.